

## CAPITULO XLIX.

Triunfos y glorias de D. Alfonso I de Aragón el Batallador.—Conquista de Zaragoza.—Sito de Fraga.—Muerte del rey de Aragón.—Su célebre testamento.

En medio de las turbulencias que ensangrentaron el suelo castellano durante el reinado de D.<sup>a</sup> Urraca, los musulmanes habían hecho también algunas entradas, que hubiesen podido traer fatales consecuencias para este reino, á no tener un guerrero tan esforzado como Alvar Fañez, el pariente del Cid Campeador.

Por dos veces, los almorávides, en considerable número, mandados la primera, por el mismo emperador de Marruecos Alí-ben-Yussuf en 1109, y la segunda en 1113, por Mazdali, trataron de apoderarse de Toledo talando sus campos, y dos veces fueron derrotados por el esforzado guerrero, que en el intervalo que medió entre una y otra expedición se apoderó de Cuenca, aunque hubo de abandonarla despues.

Felizmente los musulmanes no continuaron sus incursiones con grandes fuerzas, pues de haber sido así, fácil hubiera sido que en el estado de descomposición en que el reino de Castilla se encontraba, hubieran conseguido alguna victoria que les resarciera de las derrotas de Toledo.

Indudablemente contribuyó en gran manera á que los infieles dejaran en paz á Castilla, los repetidos ataques que les daba el rey de Aragón, que desde el momento en que se retiró á sus estados, no aviniéndose á la paz y la quietud, dedicóse exclusivamente á pelear contra ellos.

Todo lo que de ambicioso, duro é inconsecuente tuvo D. Alfonso en Castilla, fue por el contrario despues.

Desde este momento aparece ya el gran rey, el esforzado guerrero, el noble soldado.

Despues de haber ganado á Egea, á la que denominó de los *Caballeros*, en honor de los que le ayudaron á conquistarla apoderóse de Tauste, y finalmente de Tudela, pereciendo en este combate el rey de Zaragoza, Almoatín.

Ayudáronle en todas sus empresas los célebres y terribles *Almogávares*, que tanto pavor llegaron á infundir á los infieles (1).

Sin embargo, el monarca aragonés no estaba satisfecho con estos triunfos. Doliáse ver la Cesaraugusta de los romanos en poder de los musulmanes y este era el objeto de su ambición. Para realizarlo empezó una serie de talas y correrías por los dominios de los soberanos de Zaragoza, Lérida y Fraga, que concluyeron por arrebatarles, pues no hacían mas que perder por doquiera, parte de sus respectivos territorios.

La fama de las hazañas del aragonés habíase extendido de tal modo, que varios príncipes y señores extranjeros no solamente acudían á militar bajo sus banderas, si que también le ofrecieron vasallaje, de los estados que poseían.

En este número estaba el conde Ramon de Tolosa, que le ofreció el condado de este título y los señoríos de Rodes, Narbona y Carcasona, que el rey D. Alfonso le dejó en feudo mientras viviese.

Cercada Zaragoza por el aragonés, el emperador de los almorávides al tener de ello noticia, envió un gran cuerpo de ejército para auxiliar á los sitiados. A la aproximación de estos levantó el cerco D. Alfonso, pero sucedió que temeroso Amad-Dola, el rey de Zaragoza, de la suerte que pudiera caberle si los almorávides entraban en su ciudad, salióse de ella con su familia ofreciendo su amistad y apoyo al aragonés.

Aceptó este, y los zaragozanos disgustados á su vez por el paso que diera su rey, llamaron á los almorávides de Valencia declarándose todo el país por ellos; pero D. Alfonso fuéles ganando batalla tras batalla, justificando con esto el título de *Batallador* que le había dado la historia, en términos que bien pronto quedaron los zaragozanos abandonados á sus propias fuerzas.

Entonces exigió de Amad-Dola que le entregase la ciudad, pero este se negó y á toda prisa decidióse á fortificarla.

Reunió Alfonso una hueste numerosa compuesta de francos y aragoneses, pues acudieron gran número de condes franceses con sus tropas, y despues de apoderarse de Almudebar y de otros pueblos, fuéron á poner sitio á Zaragoza, que se defendió con extremo brío.

Así pasaron algun tiempo, y desconfiando ya los extranjeros de poder rendirla, se volvieron á su país, quedando solo Alfonso con sus gentes, y estrechando mas cada día el cerco, consiguió que se rindiera, entrando triunfante en la plaza que hacia mas de cuatrocientos años se hallaba en poder de los infieles.

Amad-Dola se retiró con su familia á la fortaleza de Rota 'l-Yeud, y muchos nobles musulmanes pasaron á Valencia.

No dejó ociosa mucho tiempo su espada el valeroso monarca de Aragón. Despues de consagrar como basilica cristiana la mezquita mayor, nombrando primer obispo al venerable D. Pedro Librana, reunió de nuevo su hueste y al frente de ella dirigióse sobre Tarazona, de la cual se apoderó por fuerza de armas, restableció su

(1) Los *Almogávares* eran una especie de milicia franca, formada por los montañeses de Aragón y Navarra, gente ruda, feroz, acostumbrada á las penalidades y privaciones y que iban mandados siempre por sus mismos jefes. Iban vestidos de pieles, calzaban abarcas, cubrían su cabeza con una especie de red de hierro, y por armas llevaban espada, chuzo y tres ó cuatro venablos.

antigua silla episcopal, y ganando sucesivamente á Borja, Alagon, Mallen, Magallon, Epila y otros varios pueblos, fué á terminar su larga serie de triunfos con la toma de Calatayud, poblacion importantísima por ser fronteriza al reino de Castilla. (1120).

La toma de este punto facilitó la rendición de una porción de lugares en las riberas del Jalon, y poco despues marchó sobre Daroca, plaza que era de gran utilidad por encontrarse casi en la frontera del reino de Valencia y tierras de Molina y Cuenca.

Pero el valenciano Temim no quería dejársela arrebatar tan fácilmente, y envió para defenderla un fuerte cuerpo de ejército, que al encontrarse con el aragonés, quedó derrotado, siendo extraordinaria la mortandad que hicieron los cristianos, y mas extraordinario todavía, que no tuviesen estos pérdida alguna, segun confiesan los mismos historiadores árabes.

El rey D. Alfonso eligió entonces un lugar á propósito en las fuentes del rio Jiloca para edificar un fuerte que defendiese toda aquella parte, al cual puso por nombre Monreal, y que efectivamente sirvió de mucho para lo sucesivo.

En 1122 atravesó el valiente monarca los Pirineos, sin que sepamos el por qué de su expedición á la Gascuña francesa, puesto que las antiguas crónicas nada declaran sobre este particular.

De vuelta de tan extraño viaje, entró por las tierras que bañan el Segre y el Cinca y se apoderó del fuerte castillo de Alcolea, derrotó á los moros de Lérida y Fraga, penetró por el reino de Valencia sin encontrar obstáculos que embarazasen su marcha, asoló la vega de Denia y cruzó el reino de Murcia dirigiéndose hacia Almería y puso sus reales ante Alcaraz.

Parecía que este era el término de su correría, pero no fue así. Llamáronle en su auxilio los mozárabes andaluces que se hallaban oprimidos y maltratados por los musulmanes, ofreciéndole ponerse bajo sus banderas, y el Batallador al frente de una escogida hueste penetra en la fértil vega Granadina.

Extremécense de pavor los musulmanes que creen llegado su último momento; apenas confían en defender á Granada de aquel poderoso adversario, pero lo que los musulmanes no pueden, puede la inclemencia del tiempo, y las nieves y los frios obligan á Alfonso á levantar el cerco.

Pero no retrocede por eso á su país, franquea las Alpujarras en medio de una estación rigorosísima, llega á Motril, deleítase contemplando la deliciosa campiña de Velez-Málaga, y tomando una barca penetra por en medio de las olas que bañan la pintoresca playa.

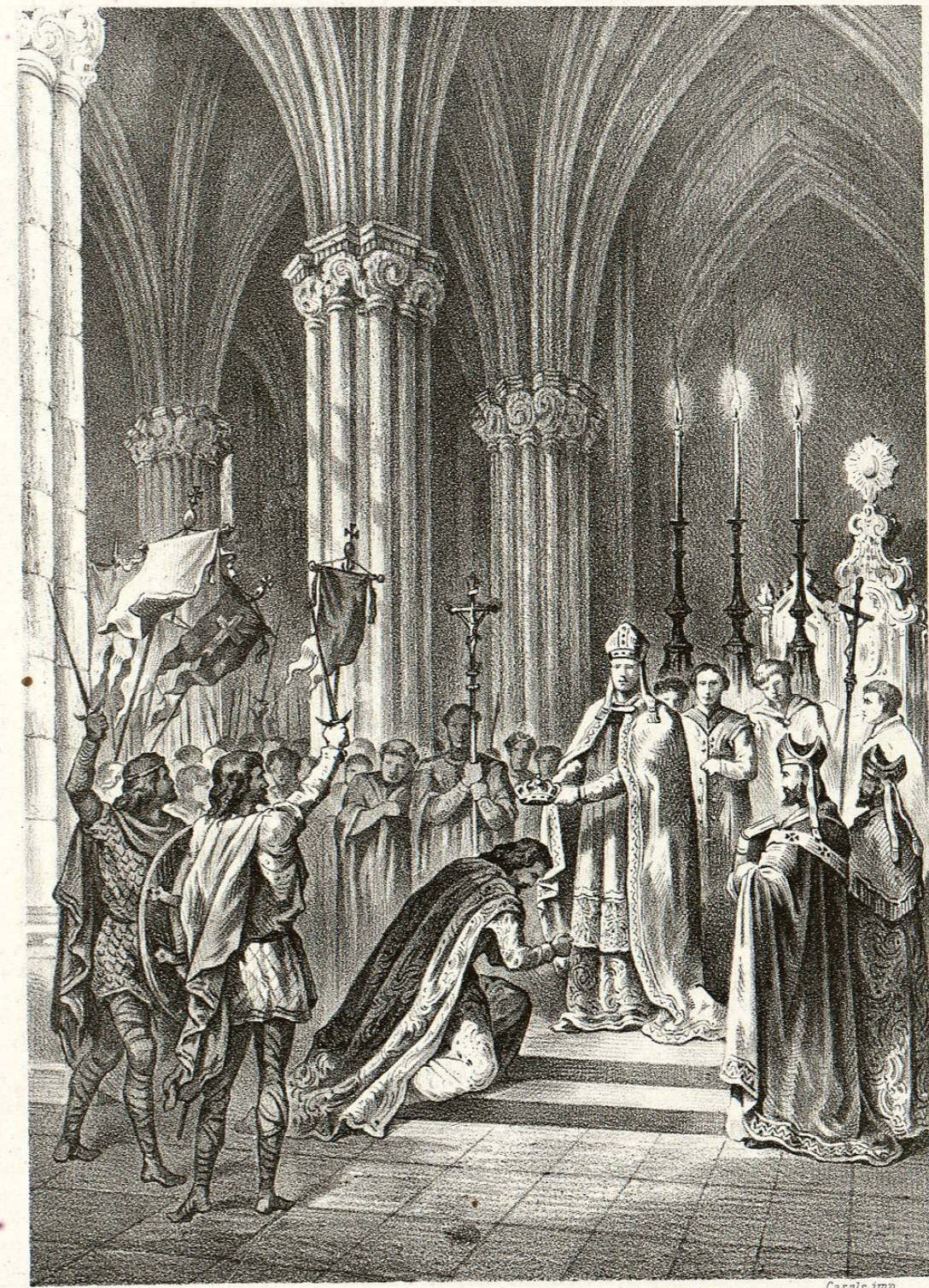
Satisfecho así retrocede por el mismo camino que llevara, tiene que luchar con las nieves y con los infieles, mas venciendo á estos y sufriendo los rigores de aquellas penetra por fin en sus dominios cubierto de gloria y seguido de mas de diez mil mozárabes que vienen á aumentar la población de sus estados.

Por este tiempo ocurrió la muerte de D.<sup>a</sup> Urraca de Castilla, y reviviendo las antiguas ambiciones en el corazón del rey de Aragón, al ver que las guarniciones que dejara en distintas plazas de Castilla eran arrojadas de ellas por los mismos vecinos, aprestó su hueste y fué á encontrar la que también preparara el joven rey Alfonso VIII. Felizmente pudo evitarse que llegaran á combatir, y aun cuando poco despues volvió á suceder lo mismo, tornaron los mediadores á ejercer su benéfica misión, y el aragonés puso por condición que su entenado le propusiera la concordia. Accedió á ello el rey de Castilla, y es fama que el aragonés exclamó: «Gracias á Dios, que ha inspirado tal pensamiento á mi hijo; si hubiese obrado así antes, no me habría tenido por enemigo; ahora no quiero conservar nada de lo que le pertenece.» Y efectivamente, restituyóle todas las fortalezas y se retiró á Aragón.

Pero no permaneció inactivo mucho tiempo. Despues de haber acabado de sujetar los territorios de Molina y Cuenca pasó con sus tropas á Bayona, de la que se apoderó; mas con la noticia de que los moros de Lérida, Tortosa y Valencia se aprovechaban de su ausencia para entrar por sus estados, regresó precipitadamente, y revolviendo furioso contra sus enemigos, se apoderó de Mequinenza, fortaleza de gran importancia situada en los confines de Cataluña, yendo por fin á poner sitio á la enroscada plaza de Fraga, que por su posición, estaba considerada como muy difícil de tomar.

Por dos veces el valiente rey se vió obligado á levantar el cerco, pero acreciendo su brío y su empeño en proporción de las dificultades que se le presentaban, persistió en quererla tomar sin condiciones de ninguna especie, por lo cual los de Fraga pidieron auxilio al walf de Lérida, el que acudiendo con diez mil almorávides empuñó tan récio combate con el aragonés, que el ejército de este quedó destrozado, muriendo el mismo rey con otros de sus mas esforzados caballeros. Tuvo lugar este desastre en julio de 1134.

Tres años antes había hecho el monarca su extraño testamento por el cual dejaba gran porción de ciudades y pueblos á otras tantas iglesias, y declaraba herederos de sus reinos por partes iguales, al Santo Sepulcro, á los caballeros del Templo, y á los Hospitalarios de Jerusalem.



PROCLAMACION DEL EMPERADOR DON ALFONSO.

## CAPITULO L.

Alfonso VII en Castilla.—Sus triunfos.—Estado de prosperidad y grandeza que alcanza el reino en su tiempo.—Ramiro, el Monje, en Aragon, y Garcia Ramirez, en Navarra.—Ambos rinden homenaje al castellano.—Proclamacion de Alfonso VII como Emperador de España.

FÁCILMENTE puede comprenderse el placer con que veían muchos el advenimiento al trono de Castilla, de Alfonso VII, tras los diez y siete años del calamitoso y desdichado reinado de su madre doña Urraca.

Dotado el joven rey de cualidades muy recomendables, educado en la escuela de la adversidad, conociendo prácticamente las ambiciones y los mezquinos móviles que impulsaban á la mayor parte de aquellos nobles que por tanto tiempo hicieron de él un juguete que á su antojo manejaban, de esperar era que siguiese una marcha, que á la vez que robusteciera el poder real, prestase alivio y consuelo á los vejados pueblos.

Desde los primeros momentos comenzó á mostrar lo que mas tarde llegaría á ser.

Aclamado y coronado rey en la Catedral de Leon, prestáronle pleito homenaje los nobles de Asturias, Leon y Castilla, é inmediatamente se dirigió á Zamora, donde estaba su tia D.<sup>a</sup> Teresa y donde un año antes se armara caballero su primo D. Alfonso Enriquez, que andando el tiempo habia de ser fundador del reino de Portugal.

En esta ciudad le prestaron obediencia los nobles de Extremadura y Galicia, y en una entrevista que celebró con su tia quedó entre ambos estipulada la paz por un tiempo limitado, paz que á entrambos convenia.

Hubo algunos magnates que acostumbrados á la libertad de que gozaran en el anterior reinado, ó que favorecidos mas de lo que el decoro permitia por la reina difunta, no podian avenirse á ser vasallos del joven rey, siendo entre estos los principales, D. Pedro Gonzalez de Lara, oculto esposo, segun decian, de la reina, su hermano D. Rodrigo y algunos otros.

El Rey fué contra ellos, apoderóse de sus fortalezas, aprisionó á algunos aun cuando despues los puso en libertad, y mientras don Pedro Gonzalez de Lara, despojado de todos sus feudos, se marchaba á Aragon á ponerse al lado del rey *Batallador*, su hermano Gonzalo pidió humilde y arrepentido perdon á su soberano, y este clemente y generoso concedióselo confiándole además la guarda de Toledo, confianza á la cual correspondió el antiguo rebelde con una lealtad superior á todo elogio.

Por otra parte, la tia del monarca, la condesa de Portugal, perseverando en sus sueños de ambicion cuyo objeto era la independencia de Portugal, seguia fortificando sus castillos del Miño, mandaba construir otras nuevas fortalezas, y por todos los medios preparábase á resistir á su sobrino.

Apoyábanla en sus pretensiones su favorito D. Fernando Perez, hijo del conde de Trava, ayo que fue del rey, y con el cual sostenia relaciones, mas escandalosas todavia, que las de su hermana Urraca con el de Lara.

Con numeroso ejército y resuelto á concluir de una vez, púsose el joven rey sobre Galicia, y como era de esperar, la suerte de las armas se decidió por el Monarca castellano, viéndose obligada doña Teresa á recibirle como legítimo señor, reconociéndole vasallaje igualmente que su primo Alfonso y los caballeros que le sostenian y que se habian levantado contra el favorito de su madre, saliendo garante de aquella concordia un honrado hidalgo de aquel país llamado D. Egas Moniz, en cuya palabra confió el rey completamente. Mas adelante tendríamos ocasion de ver el comportamiento de aquel hidalgo en los sucesos que ocurrieron posteriormente en el reino portugués.

Merced á la rapidez con que el monarca de Castilla acudia á sofocar el incendio donde quiera que brotaba, pudo ver su reino tranquilo, y conseguir que fuese respetado su poder.

Por entonces celebró en 1128, en Saldaña, su matrimonio con D.<sup>a</sup> Berenguela, hija del conde de Barcelona Ramon Berenguer III, señora dotada de una inteligencia superior, y cuyos consejos y prudencia fueron de suma utilidad á su joven esposo, que tanto á ella como á su hermana Sancha acostumbraba á consultar en los mas graves asuntos del Estado. En prueba del mérito que esta su hermana tenia y del tino y madurez con que le aconsejara, dióle tambien el título de *reina*, siendo este el primer caso de que se concediese á las hermanas de los reyes (1).

Merced á las empresas que el rey acometiera para hacer que fuese reconocida y respetada su autoridad, habia adquirido cierto renombre de buen guerrero, que no dejaba de influir para el respeto con que los musulmanes le consideraban.

El hijo del antiguo emir de Zaragoza, que por muerte de su padre gobernaba el reducido territorio que le dejara el rey de Aragon, cansado de aquel humillante protectorado, unióse á Castilla, reconocióse vasallo de D. Alfonso y puso en su poder sus posesiones de Rota 'l-Yeud, que disfrutaba.

El castellano supo apreciar esta accion de Safad-Dola, que así se llamaba el hijo de Amad-Dola, y dándole á su vez distintos señorios en tierras de Leon y Castilla, aumentó sus dominios creando un aliado que podria serle muy útil andando el tiempo transformando en amigo al enemigo anterior.

(1) Lucas Tudens. *Chronica*, p. 103.—Bofarull, *Condes de Barcelona*.

Este acontecimiento tuvo lugar en 1132, desapareciendo así aquel famoso emirato de los Beni-Hud, que tan valientemente se sostuviera por tan dilatado espacio.

Tan enérgico el monarca de Castilla con los infieles como lo fue con los nobles rebeldes de su reino, mientras aquellos estaban una noche acampados en tierras de Toledo arrojóse sobre ellos con tal ímpetu, que aun cuando no derrotados por completo, consiguió causarles bajas de gran consideracion, quedando herido su jefe el valiente Tachfin.

Inmediatamente y para aprovecharse del pánico que les produjo aquel descalabro, reunió el monarca su ejército y se dispuso á penetrar en Andalucía sirviéndole de guia su aliado Safad-Dola, y confiando tanto á este como á D. Rodrigo Gonzalez de Lara, el ex-rebelde, el mando de uno de los cuerpos en que le dividió para facilitar las operaciones.

Ambos le sirvieron lealmente; entraron en las tierras musulmanas en la época de la recoleccion, y el botin que recogieron fue abundante y rico. Llegó cerca de Sevilla talando y destruyéndolo todo, dirigióse despues á Jerez, avanzó hasta Cádiz, y aun cuando los moros enviaron mensajeros á Safad-Dola ofreciéndole el mando de aquellas tierras si hablaba al rey de Castilla para que les ayudasen á arrojar á los almoravides, D. Alfonso obrando con gran prudencia regresó á sus estados cargado con las cuantiosas presas que habia hecho.

De vuelta en su reino, tuvo que acudir á sofocar una insurreccion que en Castilla habianle promovido los condes Gonzalo Pelaez y Rodrigo Gomez, y hecho esto, el cambio verificado en Aragon con motivo de la muerte de D. Alfonso el *Batallador*, reclamó su atencion é hizo que se dirigiese hácia aquel punto.

Los nobles aragoneses y navarros comprendiendo que el testamento de D. Alfonso era irrealizable é inconveniente, reuniéronse en Borja acompañándoles tambien los procuradores ó representantes de las ciudades y villas, *universidades*, segun se las llamaban, siendo el primer caso que registran las crónicas de esta representacion del elemento popular.

El objeto de la reunion era elegir la persona á quien habian de ofrecer la corona, decidiéndose por fin por D. Ramiro, hermano del difunto D. Alfonso, que era monje del monasterio de Saint Pons de Thomieres cerca de Narbona.

Los navarros, poco satisfechos de semejante eleccion, se retiraron á Pamplona, y á su vez alzaron por rey de Navarra á D. Garcia Ramirez, hijo del infante Ramiro, que como manifestamos se habia casado con una hija del Cid.

El monje Ramiro abandonó la cogulla y el sayal, y obtenida la dispensa necesaria, casóse á pesar de su edad ya madura, con Inés, hija de los condes de Poitiers.

El rey de Castilla, que se creia con derecho á una parte del reino de Aragon, como biznieto de Sancho el Mayor, apoderóse de Nágera y de la Rioja, que en otros tiempos poseyeron sus ascendientes, y á pretexto de socorrer á Zaragoza contra los almoravides, acercóse á la ciudad seguido de numerosa y aguerrida hueste.

Ni el rey de Aragon ni el de Navarra tenian fuerzas para contrarrestarle, así fue que cada uno lo que procuró, fue obtener su amistad, pues parecia que no estaba lejano el dia en que navarros y aragoneses habian de combatir.

En diciembre de 1134 penetró el rey de Castilla en Zaragoza, y el Rey monje cedióle esta importante ciudad con la parte de territorio que se halla en aquel lado del Ebro, retirándose á Huesca y reconociéndose como feudatario suyo.

El rey de Navarra hizo tambien su vasallo, y el conde Ramon Berenguer VI de Barcelona, los de Urgel, Fox, Pallás, Cominges y otros de Francia y de Gascuña que habian acudido á Zaragoza hicieron confederacion con el castellano, por cuya razon viéndose este señor de tantos dominios, con reyes por vasallos, y solicitada su amistad hasta por los extranjeros, pensó en coronarse emperador de España, para cuyo efecto convocó en 1135 cortes en Leon.

Tuvieron lugar estas en la iglesia mayor, y al dia siguiente llevóse á efecto la ceremonia de la proclamacion.

Hallábanse en la ciudad el rey de Navarra con otros varios caballeros tanto de su país como extranjeros, y seguido de tan brillante séquito se dirigió al templo.

En la puerta le esperaban los prelados y magnates, y en solemne procesion, marchando el Monarca entre el obispo de Leon y el rey de Navarra, fué conducido hasta el altar mayor.

Una vez allí y arrodillado D. Alfonso pusieronle el manto imperial, ciéndole la nueva corona en medio de los sagrados cánticos, resonando en el templo las aclamaciones de «viva el Emperador,» con que la multitud de caballeros y gente del pueblo demostraban su alegría.

Terminada la ceremonia, con la misma pompa, acompañado de su esposa D.<sup>a</sup> Berenguela y de su hermana Sancha, del rey D. Garcia de Navarra y de los prelados y caballeros, regresó al alcázar, donde el nuevo emperador obsequió á los concurrentes con un banquete suntuoso y espléndido.



RAMON BERENGUER III, EL GRANDE.

Mera, Editor, Barcelona, Robador 24 y 26